

El Baile de los Dioses

La Romántica





Nora Roberts
El Baile de los Dioses
Trilogía El Círculo II

Traducción de Gerardo Di Masso



Esencia/Planeta



Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios.
Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin el previo
permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados

Título original: *Dance of the Gods*
Jove Books, The Berkley Publishing Group, un sello de Penguin Group (USA) Inc., 2006

© Nora Roberts, 2006
© por la traducción, Gerardo Di Masso, 2008
© Editorial Planeta, S. A., 2009
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

Diseño de la colección: Laura Comellas / Departamento de Diseño,
División Editorial del Grupo Planeta
Ilustración de la cubierta: © Skyscan / Corbis y © Charles O'Rear / Corbis
Fotografía de la autora: © Jemal Countess / Staff / Getty Images
Primera edición en Colección Booket: marzo de 2009

Depósito legal: B. 5.659-2009
ISBN: 978-84-08-08532-4
Impresión y encuadernación: Litografía Rosés, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Biografía

Nora Roberts, autora de más de 150 novelas, es la número uno de la lista de bestsellers de *The New York Times*. Es asimismo la autora de una serie de suspense futurista escrita bajo el seudónimo J. D. Robb. Con más de 294 millones de ejemplares publicados de sus libros y más de un centenar de títulos en la lista de los más vendidos de *The New York Times*, Nora Roberts es indiscutiblemente la escritora de ficción más famosa y querida de nuestros días.

Visita su sitio web en: www.noraroberts.com



*Para Logan.
Tú eres el futuro*



Lo que aprendemos a hacer, lo aprendemos haciéndolo.

ARISTÓTELES

Nosotros escogidos, privilegiados, nosotros banda de hermanos.

SHAKESPEARE





Prólogo



Cuando el sol descendió casi del todo en el cielo, irradiando los últimos vestigios de su fuego, los niños se apiñaron para escuchar la siguiente parte de la historia. Para el anciano, sus rostros ansiosos y expectantes y sus ojos tan abiertos iluminaban la habitación. La historia que había comenzado a contarles una tarde de lluvia continuaría ahora, mientras la oscuridad empezaba a aposentarse a su alrededor.

El fuego crepitaba en el hogar, el único sonido que se oía mientras él bebía su vino y buscaba las palabras adecuadas en su mente.

—Ahora ya conocéis el origen de Hoyt, el hechicero, y de la bruja que llegó de más allá de su tiempo. Sabéis cómo nació el vampiro, y cómo la erudita y el que adopta muchas formas llegaron desde el mundo de Geall, a través del Baile de los Dioses, a la tierra de Irlanda. Sabéis cómo se perdieron un hermano y un amigo, y cómo la guerrera se unió a ellos.

—Se unieron —dijo uno de los niños con los ojos muy abiertos— para luchar, para salvar todos los mundos.

—Es verdad y esto es lo que ocurrió. Esas seis personas, ese círculo de valor y esperanza, a través de su mensajera Morrigan, recibió el encargo de los dioses de combatir contra el ejército de vampiros dirigido por Lilith, su ambiciosa reina.

—Ellos lucharon y derrotaron a los vampiros —dijo uno de los más pequeños, y el anciano supo que el niño se veía a sí mismo como uno de esos seis valientes, empuñando la espada y la estaca para destruir el mal.

—Eso también es verdad, y esto es lo que sucedió. La noche en que el hechicero y la bruja celebraban su compromiso, cuando





se prometieron mutuamente el amor que habían descubierto en esos tiempos terribles, el círculo de seis derrotó a los demonios. Su valor no puede ser cuestionado. Pero se trató sólo de una batalla, en el primer mes de los tres que les habían sido concedidos para salvar los mundos.

—¿Cuántos mundos hay?

—No pueden ser contados —contestó el anciano—. Del mismo modo que no pueden contarse las estrellas que hay en el cielo, pero todos estaban amenazados. Porque si ellos seis eran derrotados, esos mundos cambiarían como un hombre al que convirtieran en un demonio.

—Pero ¿qué pasó después?

El anciano sonrió mientras el fuego que ardía en el hogar proyectaba sombras sobre su rostro curtido por los años.

—Bien, os lo contaré. Después de la noche de la batalla llegó el amanecer. Una aurora apacible y neblinosa, la calma después de la tempestad. La lluvia había lavado la sangre, tanto de humanos como de demonios, pero allí donde habían actuado las espadas flamígeras, la tierra aparecía quemada. Y aun así, las palomas se arrullaban y las aguas del arroyo cantaban. Las hojas y las flores mojadas por la lluvia brillaban con la primera luz de la mañana.

»Era por eso —les dijo el anciano—, para preservar esas cosas simples y cotidianas por lo que ellos luchaban. Y así, juntos, comenzaron su viaje.





1



Clare

Primer día de septiembre

Larkin cojeaba a través de la casa, silenciosa como una tumba. El aire era dulce, invadido por la fragancia que se desprendía de las flores, profusamente distribuidas para la celebración del compromiso la noche anterior.

La sangre había sido eliminada; las armas limpiadas. Habían brindado por Hoyt y Glenna con el vino espumoso y habían comido pastel. Pero detrás de las sonrisas, acechaban los horrores de la batalla que habían librado contra los vampiros. Un invitado indeseado.

Ese día, imaginó Larkin, estaría dedicado al descanso y a más preparación. Tenía que hacer un esfuerzo para no mostrarse impaciente con el entrenamiento, con la planificación. Al menos, la noche anterior había tenido la oportunidad de luchar, pensó mientras se llevaba una mano al muslo, herido por una flecha. Habían conseguido abatir a un gran número de esos demonios, lo cual era fantástico.

Cuando llegó a la cocina, abrió la nevera y sacó una botella de Coca-Cola. Había desarrollado una especial predilección por esa bebida y había reemplazado con ella su habitual té de las mañanas.

Hizo girar la botella, maravillado ante el ingenio demostrado en la fabricación de ese recipiente, tan suave, tan transparente y duro. Y el líquido que contenía en su interior... Eso era algo que echaría mucho de menos cuando regresaran a Geall.

Ahora reconocía que no había creído una sola palabra de su





prima Moira cuando ésta le había hablado de dioses y demonios, de una guerra librada entre mundos. Aquel día, durante el triste entierro de la madre de Moira, él sólo la había acompañado para cuidar de ella. Moira no era solamente de su sangre, sino una amiga, y pronto sería la reina de Geall.

Pero cada palabra que ella le había dicho a pocos pasos de la sepultura de su madre, había sido la pura verdad. Ambos habían ido hasta el Baile de los Dioses y se habían colocado en el centro del círculo. Y entonces todo había cambiado.

No sólo el momento y el lugar donde se encontraban, recordó mientras abría la botella y bebía ese primer trago tonificante, sino todo. En un instante estaban los dos bajo el sol de la tarde, en Geall, y de repente aparecieron la luz y el viento, y un sonido estruendoso.

En seguida había caído la noche y estaban en Irlanda... un lugar que él siempre había pensado que sólo existía en los cuentos de hadas.

Larkin nunca había creído en cuentos de hadas, ni en monstruos y, a pesar del don que poseía, siempre había mirado la magia con desconfianza.

Sin embargo ésta existía, ahora lo reconocía. Del mismo modo que existían Irlanda y los monstruos. Esos demonios los habían atacado, irrumpiendo desde las sombras del bosque, con sus ojos rojos y sus colmillos afilados. Con forma humana, pensó, pero no eran humanos.

Vampiros.

Los vampiros existían para alimentarse de los humanos. Y ahora se habían reunido todos alrededor de su reina para destruir el mundo.

Él estaba ahí para frenarlos a cualquier precio. Él estaba ahí enviado por los dioses para salvar los mundos del hombre.





Se rascó ociosamente el muslo herido y decidió que difícilmente podía esperarse que salvase a la humanidad con el estómago vacío.

Cortó un trozo de pastel para acompañar la Coca-Cola y se lamió el azúcar de los dedos. Hasta el momento, y con distintas estrategias, había conseguido eludir las lecciones de cocina de Glenna. A él le gustaba comer, de eso no había duda, pero preparar la comida era un asunto completamente distinto.

Larkin era un hombre alto y delgado, con una espesa mata de pelo leonado. Sus ojos, casi del mismo color del pelo, eran grandes como los de su prima, y casi tan penetrantes. Tenía una boca ancha y gesticulante, que sonreía con facilidad, manos ágiles y un carácter apacible.

Aquellos que lo conocían lo tenían por un hombre generoso con su tiempo y su dinero, y un buen elemento para tenerlo a la espalda en el pub o en una pelea.

Había sido bendecido con unos rasgos bien cincelados y atractivos, unas espaldas anchas y una mano fuerte. Y con el poder de cambiar su forma humana por la de cualquier ser vivo.

Dio un generoso mordisco al trozo de pastel, pero en la casa había demasiado silencio y tranquilidad para su gusto. Él quería —necesitaba— actividad, sonido, movimiento. Puesto que no podía dormir, decidió que sacaría el caballo de Cian a dar un paseo matutino.

Siendo un vampiro, Cian difícilmente podía hacerlo.

Salió de la gran casa de piedra por la puerta trasera. El aire era frío, pero llevaba puestos el jersey y los vaqueros que Glenna le había comprado en el pueblo. Y calzaba sus propias botas. Del cuello le colgaba la cruz de plata que Glenna y Hoyt habían forjado con su magia.

Vio las zonas donde la tierra estaba quemada, donde se veía pi-





soteada. Las huellas de sus propios cascos que habían quedado impresos en la tierra empapada cuando había galopado a través del campo de batalla con la forma de un caballo.

Y en ese momento vio también a la mujer que había llevado en su lomo la noche anterior, sembrando la destrucción con una espada flamígera.

Ella se movía entre la niebla, lentamente y con gracia, en lo que él habría tomado por una danza, de no haber sabido que esos movimientos, el completo control que ejercía sobre ellos, eran en realidad una forma de entrenamiento de combate.

Sus largos brazos y piernas hendían el aire con tanta suavidad que apenas perturbaban la neblina. Larkin podía ver el temblor de sus músculos cuando adoptaba una postura y la mantenía durante un tiempo casi infinito, ya que sus brazos estaban desnudos, ataviada como iba con una cómoda prenda blanca que ninguna mujer de Geall habría llevado fuera de su dormitorio.

Ella levantó una pierna en el aire, hacia atrás y doblada por la rodilla, y con una mano se cogió el pie descalzo. La camisa se alzó sobre su torso revelando más piel.

Larkin decidió que sería un hombre arrepentido aquel que no disfrutase de semejante espectáculo.

La muchacha llevaba el pelo corto, lo tenía negro y brillante; y los ojos más azules que los lagos de Fonn. En su mundo no la hubiesen considerado una belleza, ya que carecía de redondez, y de acentuadas y suaves curvas, pero él encontraba muy atractiva la fuerza de sus formas, interesantes y únicos los marcados ángulos de su rostro y el arco bien dibujado de sus cejas.

Ella bajó la pierna, la extendió hacia un lado y luego se acuclilló con los brazos paralelos al suelo.

—¿Siempre tomas tanto azúcar por la mañana?

Su voz lo sobresaltó. Él había permanecido inmóvil y en silen-



cio, y creía que ella no había reparado en su presencia. Debió de haberse imaginado que no era así. Mordió un trozo del pastel que había olvidado que tenía en la mano.

—Está muy bueno.

—Apuesto a que sí. —Blair bajó los brazos y se irguió—. Te has levantado más temprano de lo habitual, ¿verdad?

—No podía dormir.

—Sé a lo que te refieres. Fue una pelea condenadamente buena.

—¿Buena? —Larkin echó otro vistazo a la tierra quemada y pensó en los gritos, la sangre, la muerte—. No fue precisamente una noche en el pub.

—Sin embargo, fue entretenida. —Blair también miró a su alrededor como lo había hecho él, pero con una expresión dura en los ojos—. Les pateamos el culo a algunos vampiros, ¿qué mejor manera puede haber de pasar la noche?

—A mí se me ocurren unas cuantas.

—Todo fue muy rápido. —Eliminó de sus hombros cualquier vestigio de tensión mientras miraba hacia la casa—. Y no estuvo nada mal eso de pasar de una ceremonia de compromiso a una pelea y vuelta al punto de partida... como ganadores. Especialmente, si tenemos en cuenta la alternativa.

—Supongo que tienes razón.

—Espero que Glenna y Hoyt estén disfrutando de la luna de miel porque, en general, como reunión social fue una mierda.

Con ese andar largo, casi líquido, que él había llegado a admirar, Blair se alejó hacia la mesa que usaban durante el entrenamiento diurno para dejar las armas y las provisiones. Cogió la botella de agua que había dejado allí y bebió ávidamente.

—Tienes una marca de realza.

—¿Cómo dices?



Larkin se acercó y le tocó suavemente el omóplato con la punta del dedo. Tenía la marca de una cruz como la que él llevaba colgada del cuello, pero de color rojo sangre.

—Es sólo un tatuaje.

—En Geall sólo el rey puede llevar una marca en el cuerpo. Cuando se corona al nuevo rey o reina, cuando sacan la espada de la piedra, la marca aparece. Aquí. —Se palmeó el bíceps derecho—. No el símbolo de la cruz, sino el *claddaugh*, colocado allí, dicen, por el dedo de los dioses.

—Guay. Excelente —aclaró Blair cuando lo vio fruncir el cejo.

—Yo nunca lo he visto personalmente.

Ella alzó la cabeza.

—¿Y ver es creer?

Larkin se encogió de hombros.

—Mi tía, la madre de Moira, tenía una de esas marcas. Pero la coronaron reina antes de que yo naciera, de modo que no vi cuándo le apareció.

—Nunca había oído esa parte de la leyenda. —Blair pasó un dedo por el recubrimiento de azúcar del pastel de él, y luego se lo chupó—. Supongo que no se pueden saber todas las cosas.

—¿Cómo conseguiste la tuya?

«Un tío divertido —pensó Blair—. Una naturaleza curiosa. Ojos maravillosos. Peligro, Will Robinson»,* se dijo. Esa clase de combinación sólo podía suponer problemas. Y ella no estaba hecha para las complicaciones... era algo que había aprendido por las malas.

—Pagué para que me la hicieran. Mucha gente lleva tatuajes. Se

* «*Danger, Will Robinson!*» es una frase que procede de la serie de televisión clásica norteamericana de la década de 1960, «Perdidos en el espacio». La frase es una característica de la relación entre dos de sus personajes, el Robot y Will Robinson a lo largo de los episodios de la mencionada serie. (*N. del t.*)





podría decir que es una especie de afirmación personal. Glenna también tiene uno. —Bebió otro trago de agua, observándole mientras se palmeaba la región lumbar—. Aquí. Un pentagrama. Lo vi cuando Moira y yo la estábamos ayudando a vestirse para la ceremonia de compromiso.

—O sea que esas marcas son para las mujeres.

—No solamente para las mujeres. ¿Por qué, quieres una?

—Creo que no.

Larkin se frotó la pierna con aire ausente.

Blair recordó el momento en que le había extraído la flecha del muslo y que Larkin no había emitido ni un gemido. Además de los ojos maravillosos y su naturaleza curiosa, aquel tío tenía un par de pelotas. No se arredraba en la lucha y no se quejaba después de la batalla.

—¿Te está dando problemas la pierna?

—La tengo un tanto rígida y me duele un poco. Glenna es una buena curadora. ¿Y la tuya?

Blair dobló la pierna hacia atrás hasta tocarse la nalga con el talón y luego la lanzó hacia adelante a modo de prueba.

—Está bien. Mis heridas cicatrizan de prisa... forma parte de la herencia familiar. No tanto como un vampiro —añadió—, pero los cazadores de vampiros se curan más rápido que el humano medio.

Cogió la chaqueta que había dejado encima de la mesa y se la puso para protegerse del frío de la mañana.

—Me apetece un café.

—A mí no me gusta el café. Prefiero la Coca-Cola. —Luego esbozó una sonrisa natural, encantadora—. ¿Vas a prepararte el desayuno?

—Dentro de un momento. Primero tengo que hacer algunas cosas.





—Tal vez no te importe preparar suficiente como para dos.

—Tal vez. —Un tío listo, además, pensó. Su forma sagaz de conseguir las cosas merecía respeto—. ¿Tienes algo que hacer ahora?

A Larkin le llevó un momento contestar. Todos los días trataba de pasar algún tiempo delante de esa máquina maravillosa llamada televisor. Se sentía orgulloso al pensar que estaba aprendiendo nuevos idiomas.

—Tenía previsto salir a dar un paseo en el caballo de Cian, y luego darle de comer y asarlo.

—Todavía hay mucha luz, pero no deberías entrar en el bosque sin llevar armas.

—Cabalgaré por los campos. Glenna me pidió que no fuese a caballo solo al bosque, y no quiero que se preocupe. ¿Quieres venir conmigo?

—Creo que ya tuve suficiente con lo de anoche, pero gracias. —Blair, divertida, le propinó un ligero golpe en el pecho—. Eres muy veloz, vaquero.

—Bueno, es que tú eres una amazona ligera y firme. —Echó otro vistazo a la tierra pisoteada—. Tienes razón, fue una buena pelea.

—Condenadamente cierto. Pero la próxima no será tan fácil. Larkin enarcó las cejas.

—¿Y la de anoche fue fácil?

—Comparada con la que nos espera, puedes apostar el culo.

—Bueno, entonces, que los dioses nos ayuden. Y si no te importa preparar unos huevos con beicon, eso estaría muy bien. Podríamos hartarnos de comer mientras aún conservemos nuestros estómagos.

Un pensamiento alegre, pensó Blair mientras entraba en la casa. Un pensamiento realmente reconfortante. Ella nunca había





conocido a nadie que se mostrase tan espontáneo y natural ante la vida y la muerte. No resignado —a ella sí la habían criado para resignarse—, sino una especie de confianza en que él viviría como había elegido vivir hasta que dejara de hacerlo.

Blair admiraba ese punto de vista.

A ella le habían enseñado que el monstruo que se ocultaba debajo de la cama era real, y que sólo estaba esperando a que te relajas para cortarte el cuello.

La habían entrenado para retrasar ese momento tanto tiempo como fuese capaz de resistir y luchar, de cortar y quemar, y de hacer todo lo humanamente posible. Porque debajo de la fuerza, el ingenio y el interminable entrenamiento, estaba la certeza de que algún día, algún día, ella no sería lo bastante rápida, lo bastante lista, lo bastante afortunada.

Y el monstruo ganaría.

Aun así, siempre había habido una suerte de equilibrio en ello: demonio y cazador, cada uno mutuamente la presa del otro. Pero ahora las apuestas habían subido condenadamente alto, pensó mientras preparaba café. Ahora ya no se trataba sólo del deber y la tradición que habían ido pasando de generación en generación hasta llegar a su sangre, durante casi todo un jodido milenio.

Ahora se trataba de una guerra para salvar a la humanidad.

Y ella estaba allí, con aquella extraña y pequeña banda —dos de cuyos miembros, el vampiro y el hechicero, habían resultado ser sus antepasados— para librar la madre de todas las batallas.

Faltaban dos meses, pensó, para la celebración de Halloween. Para Samhain y la confrontación decisiva que había profetizado la diosa. Tenían que estar preparados, decidió mientras se servía la primera taza de café, porque la alternativa, simplemente, no era una opción.

Llevó el café a su habitación, en la planta superior.





Allí, en su cuarto, se percibía el mismo olor a batalla que impregnaba el apartamento de Chicago donde había fijado su base durante el último año y medio.

La cama de esa otra habitación donde ahora estaba, tenía una cabecera alta, flanqueada por dragones tallados. Una mujer podía sentirse como una princesa encantada en ese lecho... si tenía una naturaleza fantasiosa.

Aunque esa casa pertenecía a un vampiro, en la habitación había un gran espejo enmarcado en caoba. Por su parte, el armario podía contener tres veces la cantidad de ropa que Blair había traído consigo, de modo que lo utilizaba para guardar las armas auxiliares, mientras la cómoda le servía para meter la ropa de viaje.

Las paredes estaban pintadas de color ciruela oscuro y de ellas colgaban cuadros con escenas campestres a la hora del crepúsculo o el amanecer, de modo que, si las cortinas estaban corridas, la habitación parecía estar en permanente penumbra. Pero no le importaba. Ella había pasado gran parte de su vida entre sombras.

Sin embargo, ahora descorrió las cortinas para que entrase la luz de la mañana y luego se sentó al magnífico y pequeño escritorio para comprobar sus correos electrónicos en el ordenador portátil.

No pudo evitar una pequeña llama de esperanza, ni impedir que ésta se extinguiese de inmediato al comprobar que aún no había ningún mensaje de respuesta de su padre.

«Nada nuevo», se recordó a sí misma, y se reclinó en la silla. Lo último que había sabido de él era que estaba viajando por alguna parte de América del Sur. Y lo sabía porque su hermano se lo había dicho.

Ya habían transcurrido seis meses desde que habían estado en contacto por última vez, lo que tampoco era nada nuevo. En opinión de su padre, su obligación hacia ella estaba cumplida desde hacía muchos años. Y quizá tuviese razón. Él le había enseñado,





la había entrenado, aunque ella jamás había sido lo bastante buena como para merecer su aprobación.

Blair simplemente era la persona equivocada: su hija y no su hijo. La decepción que su padre sintió cuando vio que había sido ella la que había heredado el don, era algo que él jamás se preocupó por ocultar.

El cuidado y la delicadeza nunca habían formado parte del estilo de Sean Murphy. Se había desentendido claramente de ella cuando Blair cumplió los dieciocho años.

Ahora se sentía avergonzada de enviarle un segundo mensaje cuando su padre nunca había contestado al primero. Blair le había mandado aquel primer correo electrónico, antes de viajar a Irlanda, para decirle que estaba ocurriendo algo, que algo se estaba cocinando en alguna parte y que quería su consejo.

Después de haber llegado a Irlanda y ver que el asunto era gordo, volvía a intentarlo de nuevo.

Él tenía su propia vida, por supuesto, y nunca lo había ocultado. Era problema de ella, su propia carencia, que aún buscara su aprobación. Hacía mucho tiempo que había renunciado a ganarse su amor.

Apagó el ordenador, se puso una sudadera y se calzó, y luego decidió ir a la planta de arriba a quitarse la frustración y abrirse el apetito con una buena sesión de levantamiento de pesas.

En aquella casa, según le habían explicado, habían nacido Cian y Hoyt. A comienzos del siglo XII. Naturalmente, había sido modernizada, y se le habían añadido algunas partes, pero viendo la estructura original, se podía ver que los Mac Cionaoiths habían sido una familia de posición holgada.

Cian, por su parte, había tenido casi un milenio para amasar su propia fortuna y volver a comprar la casa de sus antepasados. Aunque, por lo que había podido deducir, no vivía en ella.





Blair no tenía costumbre de conversar con los vampiros... simplemente los mataba. Pero con Cian estaba haciendo una excepción. Por razones que para ella no estaban del todo claras, él estaba luchando contra los vampiros, incluso financiando en cierta medida su pequeña partida de guerreros.

Además de eso, lo había visto luchar la noche anterior con una ferocidad despiadada. Su alianza podía ser el elemento que decantase la balanza en su favor.

Un momento después, subió la escalera de piedra hacia lo que una vez había sido el gran salón y, en años posteriores, un salón de baile. Y que ahora se habían convertido en su salón de entrenamiento.

Se detuvo en seco cuando vio que Moira, la prima de Larkin, estaba realizando extensiones pectorales con pesas de dos kilos.

La princesa de Geall llevaba su pelo castaño recogido en una gruesa trenza que le llegaba a la cintura. Gotas de sudor caían por sus sienes y otras empapaban la espalda de la camiseta blanca que llevaba puesta. Sus ojos, color gris niebla, miraban fijamente al frente, concentrados, supuso Blair, en lo que fuese que lo ayudara a realizar la serie de ejercicios.

Moira, según los cálculos de Blair después de haberla arrasrado fuera de un lago, medía alrededor de metro sesenta y pesaba quizá cincuenta kilos. Pero era una chica valiente. Una chica valiente que había ganado unos cuantos enteros en la escala de Blair. Lo que ésta inicialmente había juzgado como timidez, era, en realidad, una actitud concentrada. Aquella mujer lo absorbía todo.

—Pensé que aún estarías en la cama —dijo Blair cuando entró en el salón.

Moira bajó la barra de las pesas y se enjugó el sudor de la frente con el antebrazo.

—Llevo un rato levantada. ¿Quieres usar el salón para entrenar?





—Sí, pero aquí hay espacio suficiente para las dos. —Blair eligió una barra con pesas de cinco kilos—. Esta mañana no te has enterrado entre los libros.

—Yo... —Con un suspiro, Moira extendió los brazos como le habían enseñado. Tal vez deseara tenerlos tan fuertes y torneados como los de Blair, pero nadie podía decir ya que los suyos fuesen blandos.

—Empiezo el día aquí, antes de ir a la biblioteca. Habitualmente, antes de que los demás se hayan levantado.

—Estupendo. —Blair estudió a Moira con curiosidad mientras trabajaba sus tríceps—. ¿Y por qué lo mantienes en secreto?

—No es un secreto. No exactamente. —Moira cogió una botella de agua y le quitó el tapón—. Soy la más débil de todos nosotros. No necesito que tú o Cian me lo digáis... aunque cualquiera de vosotros dos os encargáis de recordármelo con cierta regularidad.

Algo dio un pequeño vuelco en el estómago de Blair.

—Lo cual no es nada agradable. Y te diré que lo siento mucho, porque sé bien lo que se siente cuando, pese a que estás dando lo mejor de ti, te machacan.

—Pero lo mejor de mí no quiere decir bueno, ¿verdad? No, no estoy buscando compasión —dijo Moira antes de que Blair pudiese contestarle—. Es duro que te digan que tienes carencias, pero eso es lo que yo tengo... por ahora. De modo que vengo aquí todas las mañanas temprano y levanto estas malditas cosas como tú me has enseñado. Dejaré de ser la débil del grupo, aquella por la que el resto debe preocuparse.

—Aún no has desarrollado mucha musculatura, pero has ganado velocidad. Y eres un jodido genio con el arco. Si no fueses tan buena con él, anoche las cosas nos hubiesen ido de otra manera.





—Trabajar en mis puntos débiles, y en mi resistencia, a mi ritmo. Eso fue lo que me dijiste que debía hacer... y me enfadé. Hasta que fui capaz de ver la sabiduría de tus palabras. Ya no estoy enfadada. Eres muy buena en el entrenamiento. King era... Él era más complaciente conmigo, quizá, porque era un hombre. Un hombre muy grande, además —añadió ahora Moira con la tristeza asomando a los ojos—. Alguien que sentía afecto por mí, creo, porque yo era la más pequeña de todos.

Blair no había llegado a conocer a King, el amigo de Cian que había sido capturado por los vampiros y luego asesinado por Lolith. A continuación, lo convirtió en vampiro y lo envió de regreso como tal.

—Yo no seré complaciente contigo —prometió Blair.

Para cuando hubo acabado la sesión con las pesas y tomado una ducha rápida, Blair ya tenía apetito. Decidió deleitarse con uno de sus bocados favoritos y comenzó a preparar una rebanada de pan empapada en leche y huevo que luego freiría y untaría con miel.

Tiró unas lonchas de beicon en una sartén para añadir proteínas a su dieta y seleccionó *Grenn Day* en su reproductor MP3. Música para acompañar la comida.

Se sirvió su segunda taza de café antes de cascar varios huevos en un bol.

Estaba batiéndolos cuando Larkin entró en la cocina. Se detuvo y miró el reproductor MP3.

—¿Y eso qué es?

—Es una... —¿Cómo explicarlo?—. Una forma de silbar mientras trabajas.

—No, no estoy hablando de la máquina. Hay tantas que no puedo acordarme de todas. ¿Qué es ese sonido?





—Oh. ¿Hummm, música popular? Rock... duro.

Ahora Larkin sonreía con la cabeza erguida mientras escuchaba.

—Rock. Me gusta.

—¿Y a quién no? Esta mañana paso de los huevos fritos. Estoy preparando una tostada especial.

—¿Tostada? —La decepción se adueñó del rostro de él, borrando el agradable placer de la música—. ¿Sólo pan cocido?

—No sólo. Además, cuando estoy al mando de los fogones, se come lo que yo hago o te preparas tú mismo tu forraje.

—Eres muy amable al cocinar, por supuesto.

Su tono era tan suficiente, que Blair tuvo que tragarse la risa.

—Relájate y confía en mí, te he visto comer a dos carrillos, vaquero. Esto te va a gustar tanto como el rock, especialmente después de que lo untes con mantequilla y miel. Lo tendré listo en un minuto. ¿Por qué no les das la vuelta a esas lonchas de beicon?

—Primero debo lavarme. He estado trabajando en el establo y aún no estoy preparado para tocar nada.

Blair alzó una ceja cuando Larkin se fue. Ella ya le había visto eludir toda clase de tareas en la cocina y, tenía que reconocerlo, era muy ingenioso.

Con un gesto de resignación, dio vuelta a las lonchas de beicon y luego puso a calentar una segunda sartén. Estaba a punto de colocar en ella la primera rebanada de pan cuando oyó voces. Se dio cuenta de que los recién casados se habían levantado, y se dispuso a preparar tostadas también para ellos.

Estilosa, sin esfuerzo, así era Glenna, pensó Blair. Aquélla entró en la cocina vestida con un jersey color verde salvia y unos tejanos negros, con su impresionante cabellera roja lisa suelta. Estilo urbano con un toque campestre, supuso Blair. Si a ello se añadía el bonito rubor de una mujer que, obviamente, había tenido su revolcón matutino, el resultado era impresionante.





En aquellos momentos, Glenna no parecía una mujer capaz de arremeter contra un pelotón de vampiros mientras lanzaba gritos de guerra y blandía una hacha de combate, pero eso era exactamente lo que había hecho la noche anterior.

—¿Hummm, tostada rebozada? Debes de haberme leído el pensamiento. —Mientras se acercaba a la cafetera, Glenna tocó levemente a Blair en el brazo—. ¿Te echo una mano?

—No, ya está. Tú ya has hecho mucho hasta ahora, y yo me manejo mejor con el desayuno que con la cena. ¿No he oído también a Hoyt?

—Justo detrás de mí. Está hablando con Larkin acerca del caballo. Creo que Hoyt se siente un poco molesto por no haberse hecho cargo de *Vlad* antes que Larkin. El café está muy bueno. ¿Qué tal has dormido?

—Como si me hubiese quedado inconsciente durante un par de horas. —Blair empapó la rebanada de pan en la mezcla de huevo y leche, y a continuación la colocó en la sartén—. Luego, no sé, estaba demasiado intranquila. Inquieta. —Miró a Glenna—. Y no tenía dónde poner el exceso de energía, a diferencia de la novia.

—Debo reconocer que esta mañana me siento bastante floja y relajada. Excepto por una cosa. —Encogiéndose un poco, Glenna se masajeó el bíceps derecho—. Siento los brazos como si me hubiese pasado toda la noche agitando un martillo gigante.

—El hacha de combate es pesada. Hiciste un buen trabajo con ella.

—*Trabajo* no es la palabra que me viene a la mente. Pero no voy a pensar en ello... al menos no antes de haberme saciado. —Glenna se volvió y abrió un armario para buscar unos platos—. ¿Sabes cuántas veces en mi vida he desayunado así, pan frito, beicon, antes de que comenzara todo esto?

—No.





—Nunca. Absolutamente nunca —añadió con una media sonrisa—. Vigilo mi peso como si, bueno, como si el destino del mundo dependiera de ello.

—Te estás entrenando muy duro. —Blair dio la vuelta al pan en la sartén—. Necesitas el combustible, los carbohidratos. Si ganas unos kilos, puedo asegurarte que serán de puro músculo.

—Blair —Glenna miró hacia la puerta para asegurarse de que Hoyt aún no había entrado—, tú tienes más experiencia en esto que cualquiera de nosotros. Entre tú y yo, al menos por ahora, ¿cómo lo hicimos anoche?

—Conseguimos sobrevivir —contestó Blair categórica, y siguió cocinando, colocando el pan ya frito en un plato y remojando más rebanadas—. Ésa es la conclusión.

—Pero...

—Glenna, te lo diré sin rodeos. —Blair se volvió, apoyándose en la encimera durante un momento, mientras el pan siseaba en la sartén y perfumaba el aire—. Nunca antes había estado metida en algo así.

—Pero has estado haciendo esto, cazando vampiros, durante años.

—Eso es verdad. Pero nunca había visto a tantos de ellos en un lugar al mismo tiempo; nunca los había visto tan organizados.

Glenna dejó escapar el aire.

—Ésa no puede ser una buena noticia.

—Buena o mala, es un hecho. No es propio de la naturaleza de la bestia, nunca lo ha sido según mi experiencia, vivir, trabajar y luchar formando parte de grandes grupos. Me he puesto en contacto con mi tía y ella me lo ha confirmado. Los vampiros son asesinos y pueden trabajar, cazar e incluso vivir en manadas. Manadas pequeñas, y puede haber un alfa, masculino o femenino. Pero nunca algo como lo que vimos ayer.





—No como un ejército —musitó Glenna.

—No. Y los de anoche no eran más que un pelotón... una pequeña porción de un ejército. La cuestión es que están dispuestos a morir por ella, por Lilith. Y ésa es una razón muy poderosa.

—Está bien. De acuerdo —comentó Glenna mientras preparaba la mesa—. Eso es lo que me merezco por decir que quería las cosas claras.

—Eh, ánimo. Conseguimos sobrevivir, ¿recuerdas? Eso es una victoria en toda regla.

—Buenos días —le dijo Hoyt a Blair al entrar en la cocina. Luego su mirada fue directamente hacia Glenna.

Ella y Hoyt, su tío abuelo de muchas generaciones atrás, compartían el color de piel, pensó Blair. Ella, el hechicero y su hermano gemelo, el vampiro, compartían el color de piel, los antepasados, y ahora esa misión, suponía.

El destino era sin duda un cabrón retorcido.

—Vosotros dos estáis deslumbrantes —dijo Blair cuando Glenna alzó la cara para besar a Hoyt—. Prácticamente necesito mis gafas de sol.

—Sirven para proteger los ojos del sol y son una manifestación de moda sexy —dijo Hoyt haciéndola reír.

—Por favor, sentaos. —Apagó la música y luego llevó la fuente colmada de comida a la mesa—. He hecho suficiente como para alimentar a un ejército, considerando que eso es lo que somos.

—Tiene una pinta buenísima. Gracias.

—Sólo hago mi parte, a diferencia de algunos de nosotros, que se muestran un tanto escurridizos —comentó meneando la cabeza ante la llegada perfectamente calculada de Larkin—. Justo a tiempo.

La expresión de Larkin era a la vez inocente y afable.

—¿La comida ya está lista pues? He tardado un poco más en



volver porque he ido a decirle a Moira que estabais preparando el desayuno. Y menudo espectáculo maravilloso.

—Mira y come. —Blair le sirvió cuatro rebanadas de pan frito rebozado con huevo y leche en un plato—. Y luego, tú y tu prima os encargaréis de fregar los platos.